

ULISES CREMONTE

TRES FABULAS MARCIANAS

TRES FABULAS
MARCIANAS

ULISES CREMONTE

TRES FABULAS
MARCIAÑAS



Título
Tres Fábulas marcianas

Autor
Ulises Cremonte

Diseño de tapa e interior
María Soledad Ireba

Cremonte, Ulises

Tres fábulas marcianas / Ulises Cremonte. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-34-2320-2

1. Cuentos de Ciencia Ficción. I. Título.

CDD A863



Programa de
Apoyo a la
Realización
Artística y
Cultural

SECRETARÍA DE
ARTE Y CULTURA



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE LA PLATA

Primera edición, 2023

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-34-2320-2

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

ULISES CREMONTE

TRES FABULAS
MARCIAÑAS



An aerial photograph of a lush green landscape. A winding river or stream flows through the center of the frame, surrounded by dense vegetation. The terrain appears to be a mix of fields and forest, with the river meandering through it. The overall color palette is dominated by various shades of green, from deep forest greens to bright, sunlit greens.

A LA DERIVA

(MARCIANA)

A LA DERIVA (MARCIANA)

Por esa época todo parecía más fácil o al menos para mí que estaba en racha. Había logrado comprar una casita en Villa Elisa, a la que, si bien se le debían hacer varias reformas, contaba con un patio grande, ideal para instalar la huerta. Tardé más o menos seis meses en acondicionar el lugar. Armé en lo que era el living-comedor una especie de aula, con tres mesadas de aluminio. Conseguí en un remate diez banquetas y junto con otros cultivadores, encargamos a un mayorista los elementos necesarios para prensar las flores. Las semillas las compraba en la Facultad de Agrarias. Si eran para mi producción personal, utilizaba californianas, pero a los alumnos les daba las de El Bolsón, que, pese a ser nacionales, su calidad era más que aceptable. Y además me permitía armarles un cuentito sobre su origen, toda una parafernalia sensiblera que le agregaba un poco de mística al ejercicio pedagógico. Los talleres los daba en dos franjas horarias, de 14 a 17 y de 18 a 21. Como era uno de los pocos en la región que otorgaba licencias oficiales, tuve que agregar el horario de la mañana. Fue en ese turno donde decidí ubicar a Osvaldo, un jubilado de 70 años que nunca había fumado en su vida. Llegó por recomendación de su yerno que era alumno mío. Al principio dudé en aceptarlo, pensé que podía sentirse un poco desubicado, pero sabía que los grupos de la mañana eran particulares y la codicia de sumar una cuota más terminó por inclinar la balanza. En ese grupo eran, con él, cuatro. Estaba Agustina, una joven marciala, con un hijo de tres. Hacía poco que se había separado de su marido humano y necesitaba matricularse

para dejar de trabajar en la inmobiliaria del padre. No era habitual que alguien tan joven viniera al horario de la mañana, pero ella tenía poco margen, su jornada laboral comenzaba a las 11 y a las 17 debía retirar a su hijo del jardín. Se conoce que para hacer el curso le pidió ayuda a la madre. Cada tanto, en la mitad de la clase, le sonaba el celular, por lo general no atendía, pero cuando lo hacía se le escuchaba murmurar: ahora no puedo, mamá. También asistía María Teresa, anestesista en el Hospital Español; su idea era desarrollar un proyecto para incorporar el cannabis como anestesia natural en algunas intervenciones quirúrgicas de bajo riesgo. Un disparate, sin pies ni cabeza, pero como el taller sólo la habilitaba para cultivo y comercialización, lo que hiciera con eso, ya era una cuestión suya. La otra alumna se llamaba Sonia, era paraguaya, hacía diez años que vivía en Berazategui y se había recibido en Avellaneda en la licenciatura de Gestión Cultural. Su objetivo era volver a Asunción y armar con su hermano, que trabajaba en política, un proyecto para la legalización de la marihuana. No sé qué habrá sido de su vida, porque participó de dos clases y después no vino más. Así que, en menos de un mes, quedaron solo tres alumnos. Para mi sorpresa Osvaldo se integró rápidamente a la dinámica. Se mostraba interesado en cada uno de los pasos necesarios para el cultivo. Era obediente, como un chico, anotaba todo lo que yo explicaba, siempre estaba bien dispuesto y estuvo particularmente ducho en el filtrado de las flores. A su edad parecía que ya no tenía energía para estar ansioso y eso se traducía en una especie de temple que le permitía quitar la humedad de las flores con una precisión envidiable. Pero además

o sobre todo estaba su insistente religiosidad. Y no es que sólo creyera en un ser superior, sino que solía desplegar una liturgia explícita: oraba, agradecía, bendecía cada vez que se presentaba la ocasión, que en su caso era casi siempre. De joven había mostrado vocación divina, pero dejó el Seminario cuando conoció a la que durante 27 años sería su mujer y con la cual había tenido dos hijas. La culpa de haber sucumbido a lo carnal parecía marcarlo, porque le rendía cuentas a Jesús en cada uno de sus actos. Insoportable y no es que a mí o a sus compañeras nos molestara, sino que él mostraba indicios de estar motorizado más por la culpa que por una sincera convicción. Por ejemplo, para que el cultivo de cannabis pudiera formar parte en su vida debió apelar a un argumento, que, no por recurrente dejaba de tener su justificativo: todo lo que emana de la tierra es obra de Dios.

La cuestión es que, para mediados de octubre Agustina también dejó el curso. No fue una sorpresa para nadie. Solía faltar, era inconstante, poco dedicada y creo que se había hecho una idea muy distinta de lo que le daría el taller. No se bancaba, por ejemplo, la restricción de fumar durante la clase. Esta regla era difícil para todos, mientras durara el ejercicio pedagógico no se podía consumir: era mi manera de poner el énfasis en que se entendiera que el cultivo era un trabajo. Quedaron Osvaldo y María Teresa. El componente religioso en el nombre de ella le generaba a él una lógica empatía. Y eso que yo solía llamarle simplemente Tere. Era una mujer un tanto triste o más bien frustrada. Su sueño había sido ser cirujana, pero después de desaprobado tres veces seguidas el ingreso a medicina,

tuvo que conformarse con ocupar el lugar de anestesista. Ya andaba por los cuarenta y nueve años pero le gustaba vestirse como una chica de diecisiete: ropa chillona, zapatillas estridentes y cambiaba su color de cabello cada dos por tres. Tenía una hija adolescente que era su antítesis, al menos en cuanto a la medida en su vestimenta. Durante las clases se mostraba bien predispuesta, no faltaba nunca, pero cuando advirtió que su proyecto de un sedante natural era, no sólo inviable, sino un soberano disparate, dejó de venir. Fue un alivio, porque resultaba agotador tener que responderle cada una de sus preguntas, que siempre, indefectiblemente se vinculaban con las cualidades relajantes del THC. Así, al comienzo de noviembre mi único alumno era Osvaldo. Quedaban seis clases para finalizar el curso, una eternidad, sobre todo porque debía madrugar sólo por él y, sin embargo no pude decirle que no viniera más. Cada jueves cuando escuchaba el sonido del despertador me decía a mí mismo que ya estaba, que debía suspender los encuentros. Pero, a medida que la mañana avanzaba, algo, quizás el entusiasmo de Osvaldo, obraba en mi ánimo de tal forma que decidía dejar las cosas como estaban. Él, además de una amabilidad excesiva, un tanto naif, sabía mantener una devoción halagadora. Era como estar con un padre culposo que elogia a su hijo todo el tiempo. Llegó un momento en donde su presencia ya no era un problema y hasta podría decir que no sólo disfruté el último mes, sino que incluso me dio cierta tristeza o una nostalgia anticipada cuando en diciembre el curso finalizó. A mediados de ese mes, antes de las fiestas, organicé una comida en casa para mis alumnos. Era una práctica habitual,

un protocolo de buen docente, en una época del año donde la gente necesita relajarse un poco. Lo invité a Osvaldo: sabía que se había separado de su mujer hacía un tiempo y creo que por eso se le iluminó la cara cuando le dije –con una entonación similar a la que utilizaba Roberto Galán- que esos encuentros solían servir para que se formaran nuevas parejas. Esta promesa operó fuertemente sobre su ánimo porque llegó temprano y vestido con una camisa color salmón que según me comentó –por lo bajo y con cierto pudor- una de sus hijas le había ayudado a elegir. Se había puesto perfume, aunque no pudo lucirlo demasiado por culpa del olor a Paty primero y a porro después. Me puso contento que hubiese venido y también poder ayudarlo a paliar su soltería, pero a medida que se sumó más gente, lo perdí un poco de vista. La verdad yo también necesitaba pasarla bien. La semana previa, entre las distintas invitaciones, le había escrito a Agustina. Me dijo que iba a tratar de venir, dependía de si podía conseguir que su mamá le cuidara a su hijo. Cuando apareció, con las antenas pulidas y la piel escamosa resaltada por aceite lubricante, me lancé a la tarea de conquistarla, cuestión que por suerte demandó menos esfuerzos de los que suponía, pero que a la larga me hicieron alejarme del murmullo general. Fuimos a mi habitación. Lo hicimos en modo humano. Eso nos llevó dos minutos. Tres como máximo. Ella lo disfrutó más que yo. Pareció notarlo porque me propuso hacerlo en modo marciano, que en definitiva era lo que realmente quería. Así me entregué a sus dedos como ventosas. Sus pensamientos era muchos, como los de alguien que en una conversación pierde el hilo y se va por las ramas. Me dejó

un poco a la deriva. Una sensación hermosa, liviana. Tuve un orgasmo eléctrico que recorrió todo mi cuerpo como si mis venas fuera la pista de una scalextric. Sos un humano lindo, me dijo. Al volver a mis funciones de anfitrión estaba revitalizado. Entonces me acordé de Osvaldo o en realidad debería decir que primero lo vi y después se me dio por pensar que me había olvidado de él. Por suerte se lo notaba entretenido. Estaba sentado en uno de los troncos decorativos que en la parte lateral del patio inauguran el comienzo de la huerta. A su lado se encontraba Carmen, alumna del turno de la noche, una mujer de 60, pero que aparentaba menos. Ella había venido disfrazada de Jackie Kennedy, es decir, llevaba una peluca que simulaba el corte clásico de la célebre viuda y también vestía un trajecito liviano, de dos piezas, con unos guantes largos, los cuales debió sacárselos ante el calor veraniego. Arbitrariamente había creído que se trataba de una fiesta de disfraces y cuando le expliqué que no, se limitó a decir que sería la mujer más elegante de la noche y creo que fue así. Al verla con Osvaldo -ella tenía las piernas cruzadas y una mano descansaba sobre sus rodillas con un aire de ausencia- no pude evitar sonreír. Me acerqué a ellos con una bandeja de brownies que tenían una dosis justa de cannabis, una vieja receta familiar y hasta les conté la anécdota de cómo mi tía me había enseñado a prepararlos. Creo que tenía un poco de cola de paja por haber descuidado la fiesta; sin embargo, parecían más preocupados por continuar su charla que por escucharme. Lo único que prolongó mi intromisión fue el pedido de Carmen: quería la receta de los brownies, así que comencé a enumerarle los ingredientes como si fuera el

conductor de un programa de cocina. Entonces Carmen me interrumpió con un gesto para después decirme que mejor se lo pasara por mail para “no aburrir a Osvaldo”. Finalmente se fueron juntos, a eso de las tres, en el auto de Osvaldo. Carmen me preguntó si podía pasar a buscar el suyo a la mañana siguiente. Le dije que sí, que no había problema sobre todo porque pensaba aprovechar ese encuentro para intentar averiguar algún detalle de su cita. Por eso, cuando dos días después, fue su sobrino quien vino a llevarse el auto, mi inclinación chusma se vio defraudada. Esa semana ella me envió un mail donde me agradecía el “servicio de cochera”, para luego recordarme que le mandara la receta de los brownies. Se lo mandé y en la posdata le pregunté como lo había pasado con Osvaldo, pero ella sólo respondió: “Recibido, mil gracias”.

Tiempo después me encontré en la *THC* con una breve entrevista a Osvaldo, a quien presentaban como “el curita canábico”. Las dos columnas iban acompañadas de una foto más bien pequeña, donde él posaba con una planta de marihuana que estaba dentro de una maceta que tenía un vinilo con la cara de Jesús. Se había vestido de monje, aunque la calidad de la ropa me resultó un tanto berreta, parecía más un disfraz de carnaval que un hábito verdadero. Detrás de él se veían unas chapas laterales de una casa, el suelo de tierra, el comienzo de una villa. Su pose me resultó un tanto extraña y lo primero que pensé es que había renunciado a su familia para retomar su vocación divina, pero en la nota no se aclaraba explícitamente este punto. El periodista lo

retratada como alguien “poseedor de una fe profunda, pero con la mente abierta”. Los dichos de Osvaldo iban por los carriles que yo conocía. Hablaba de la importancia de poder sanar el cuerpo para liberar el alma, de los frutos de la tierra y hasta se atrevía a aventurar una relación “mística y profunda” entre ciertos estados de alucinación con el estado que el espíritu podría alcanzar en “la otra vida”. Su modesta teoría tenía un límite: en el cielo ya no se necesita consumir nada porque allí la plenitud es permanente. La nota concluía con una sentencia proselitista del periodista: “cada vez que prendemos un porro accedemos a una muestra gratis del paraíso”. Me reí, a cada rato, mientras la leía y también, después, ese día, cuando recordaba alguna de las frases. Sin embargo, ya la mañana siguiente, después de terminar de desayunar al ver la revista -había quedado encima de una silla, casi al borde, era un milagro que no se hubiese caído- me di cuenta de que en ningún momento Osvaldo me había nombrado. Es verdad que no le habían preguntado cómo fue que a su edad se le dio por cultivar marihuana, pero eso no anulaba el hecho fáctico, real de que yo lo había formado, de que era su tutor, su tótem, el hombre que lo inició en todo este asunto. Tomé la revista y volvía buscar mi nombre, pero brillaba por su ausencia. Eso sí, mencionaba - más de una vez - a Carmen como un pilar en su vida lo cual dejaba en evidencia que Osvaldo era prisionero de una típica calentura, que independientemente de su edad, lo volvía un adolescente. Como sea pensé o más bien me dije que quizás, en la edición de la nota, más por una cuestión de espacio o de poca pertinencia habían quitado una parte, la supuesta respuesta

que le permitía a Osvaldo hacer público ese agradecimiento que tanto había manifestado en privado. Esa noche le envié un audio donde lo felicitaba por la repentina fama, aunque nunca le perdonaría que no me hubiese nombrado. Traté de sonar sincero cuando le expliqué que lo decía en chiste. A su agradecimiento él le sumó una carita feliz, un corazón y una hoja verde. Su mensaje cerraba con una invitación a almorzar “para reparar el olvido”. Me esperaban en el departamento que habían alquilado con Carmen.

El edificio era nuevo y estaba ubicado por la zona de 13 y 38. Mientras esperaba que me bajaran a abrir noté que en el pasillo había una planta de marihuana. Ya en el ascensor Osvaldo, sin que yo le preguntara, me aclaró que la había donado él y que la única que se había quejado era una “mina de 30 años, una conchuda que tuvo un hijo hace poco”. La cuestión generó un intenso debate en el grupo de *WhatsApp* del consorcio, pero finalmente, tras una votación, Osvaldo logró su cometido o cómo a él le gustaba decir, “su deseo”. “Después te muestro los mensajes que nos íbamos mandando, algunos son un plato”, dijo mientras abría la puerta. Había algo distinto en él, como si a su personalidad le hubiesen inyectado una dosis excesiva de vitalidad. Ya adentro, me recibió Carmen. Tenía puesta una blusa blanca, un jeans y zapatillas. No me sorprendió su aire juvenil, poco solemne, pero que sí todavía llevara la peluca de Jackie Kennedy. Se conoce que aquello que había comenzado como un equívoco, terminó por volverse un fetiche de la pareja. Se los comenté, aunque sin utilizar la etimología psicoanalítica. Ay, a vos se te ocurre

cada cosa, dijo ella. ¿Te gusta?, preguntó Osvaldo. Supuse que se refería a la decoración del departamento. Respondí que si bien yo tenía un estilo minimalista, no estaba mal. A Carmen mucho lo que dije no le gustó porque agregó, con un tono indisimulablemente irónico, que mi casa más que minimalista era austera. Reímos los tres, un coro hipócrita y estentóreo. Después, mientras traían una tabla con algunos fiambres, me dediqué a mirar las fotos que colgaban de una de las paredes. Había más de diez retratos de ellos, cada uno en distintos lugares y eso que solo llevaban unos nueve meses de relación. Parecía, o me pareció, que a ambos les gustaba sobreactuar un poco el amor. Y sin embargo, en la mesa, mientras comíamos una picada más bien escueta, que me permitió vengarme del comentario sobre la austeridad de mi casa, no se mostraron como dos impulsivos tortolos, sino con ese aplomo de las parejas que cargan con varios años de convivencia. La comida se fue haciendo llevadera un poco gracias al vino y otro poco debido a que los tres estábamos bien predispuestos. Y entonces, justo cuando Carmen fue a la cocina a preparar café, Osvaldo, en voz baja, me dijo o más bien me pidió si no podía ayudarlos a preparar brownies. Dije que sí, que cuando quiera y él se apresuró a preguntarme si podía ahora, en ese momento. Yo estaba cansado o con un poco de fiaca ética y le di a entender que otro día no había problema, pero cuando Carmen apareció con una bandeja en la que traía tres pocillos de café y un platito con amarettis, Osvaldo se apresuró a anunciar que yo había dicho que sí. Carmen dejó escapar una sonrisa que tenía mucho de alivio y ya no quise o no pude negarme. ¿Lo tomamos en la

cocina, entonces?, preguntó ella y sin que nadie respondiera regresó sobre sus pasos. En la mesada estaba todo preparado. Quiero decir, había un par de cajas de Exquisita, manteca, huevos. Parecía el decorado de un programa de cocina. Pregunté –un poco en chiste, un poco en serio- si lo del almuerzo había sido un señuelo. Al responderme que sí, se rieron como si fueran dos chicos, pero rápidamente se pusieron serios: te necesitamos. Me explicaron su problema. No confiaban en el cogollo. Se lo habían pasado unos pibes de Altos de San Lorenzo y tenían miedo de no saber administrarlo. Usaron esa palabra, lo cual dejaba aún más en evidencia sus limitaciones. Me gustó que confiaran en mí, era una comprobación práctica de que por fin me reconocían como su referente, así que me arremangué y me dispuse a encarar la faena con la solidez que da el saber. Les pedí ver el cogollo. Me lo acerqué a la nariz; no era bueno, hasta diría que estaba un poco rancio o al menos esa fue la primera idea que se me vino a la cabeza. Debí haber parado la cosa ahí, pero me gustaba mi lugar, ese rol que estaba cumpliendo para ellos. En un mortero trituré parte de la flor. Dudé de cuanto le pondría: corría el riesgo de que una cantidad ínfima no causara ningún efecto, pero a su vez, si me excedía podría impregnar los brownies de un sabor asqueroso. Finalmente decidí arriesgarme, usar un poco más de lo aconsejable y justo después de que la manteca comenzara a mezclarse con el chocolate que venía en la caja, sonó el timbre. Debe ser el Padre Héctor, comentó Carmen y Osvaldo, presuroso levantó el tubo del portero eléctrico y dijo que ya bajaba. Durante la espera le pregunté a Carmen quien era el Padre. Ella,

después de enumerar una serie de virtudes que parecían colocarlo como futuro candidato al Nobel de la Paz, me dijo, radiante, que sería la persona que iba a officiar de cura en su casamiento. La felicité con un entusiasmo un tanto sobreactuado, aunque era probable que ella no notara mi exageración. Entonces se escuchó el sonido del ascensor, el regreso de Osvaldo y luego un diálogo, que en el momento percibí de ocasión. Carmen me explicó que venía enseguida. Al salir cerró la puerta de la cocina. Me quedé solo: era una especie de confinado. Desde el comedor llegaba una efusividad festiva. Escuché la risa de Carmen y la voz de Osvaldo, que le regalaba un elogio a su nuevo invitado. Entendí que lo mejor sería terminar pronto mi tarea: coloqué en una fuente el chocolate y lo metí al horno. Con cierta timidez por fin decidí aparecer en el comedor. Misión cumplida dije. Buenísimo, respondió Osvaldo y después me presentó al Padre Héctor. Me extendió su mano: era blanda o gomosa como la de un títere. Tenía un aspecto afable, sus mofletes le daban un aire bonachón, aunque su mirada era un poco torva. Llevaba puesta una camisa azul, con el clásico cuellito de los curas, pantalones grises y zapatos. Al saludarme, comentó que mi fama me precedía o algo así. Lo miré a Osvaldo: se vio obligado a reconocer que no había podido evitar hacer gala de mis habilidades. ¿Te quedás un rato más?, me dijo Carmen. Ahora que sabía lo del casamiento me parecía una picardía irme. Nos ubicamos en la mesa. Había quedado la tabla con los restos de la picada, los vasos, algunas servilletas. Fue Carmen quien juntó todo: estaba hecha una tromba, se la notaba inquieta o más bien ansiosa y cuando quitó el mantel,

la escena tuvo algo de heroico, un prócer flameando la bandera patria. Mientras tanto Osvaldo y el Padre me relataron otra épica, una mundana: los días que compartieron como seminaristas. Había en el tono del relato-no así en el contenido específico de las anécdotas- una picaresca de zarzuela, la exaltación de una travesura más anacrónica que infantil. Sin embargo o quizás justamente por eso, disfruté el momento. Entonces, desde la cocina llegó un aroma dulzón; Carmen dijo que ya nos traía los brownies y así fue nomás, unos minutos después apareció con los pedacitos de chocolate sobre una bandeja plateada. Había formado una figura geométrica que si bien era perfecta no alcancé a reconocer. Obligaron, con elegancia, pero sobre todo insistencia, a que sea el Padre que diera el primer bocado. Hizo los honores o algo así, porque dio unos modestos mordisquitos, casi de ardilla, para luego agregar un “muy rico” con el cual parecía pretender clausurar todo intento de una indagación más profunda. Osvaldo y Carmen se miraron: se mordían los codos por pedirle que se explayara un poco más, pero se fueron al mazo. Ella retomó o más bien encaró el tema que los urgía; durante un buen rato conversaron sobre los detalles de su casamiento. Creí notar en el gesto del Padre al manotear la porción de brownie que no había comido cierto aburrimiento o quizás fuera yo que estaba embolado. En un momento pregunté si podía ir al baño y a mi regreso dije que tenía que irme. Dale, ahí te abro, agregó Osvaldo. El Padre me preguntó si andaba en auto. Sí, sí. ¿Para qué zona va? A City Bell. Yo tengo que ir a Villa Castell, le molestaría dejarme en Centenario. ¿Cómo?... ¿ya se tiene que ir?, quiso saber Carmen. No,

pero si el amigo me lleva... Respondí que por mi parte no había problema.

Ni bien arranqué el auto y mientras en el espejo retrovisor veía que Osvaldo le pasaba el brazo por encima del hombro de Carmen a la vez que ella agitaba su mano en un saludo que tenía una carga de nostalgia un poco desmedida, le comenté al Padre que me parecía haber metido la pata al llevarlo. No había mucho más que hablar, me explicó para luego agregar que "Osvaldito" se suele volver un poco intenso cuando está bajo la órbita femenina. Por algo no eligió entregarse a Dios, conjeturé. El Padre dejó escapar una mueca, pero prefirió no hacer más leña del árbol caído. El resto del trayecto casi no hablamos. El sol de la tarde activó cierta modorra en el cura o quizás era el efecto del brownie. En algún momento lo escuché murmurar una melodía, un susurro más bien íntimo, pese a que yo estaba al lado suyo. Después dijo que le había gustado el brownie. No sé bien por qué me sonrojé al agradecerle. Cuando estábamos cerca de 476, le expliqué que no tenía problema en llevarlo hasta donde tuviera que ir, que no me costaba nada. Asintió. Finalmente lo dejé en la puerta de un Club. Se bajó pero rápidamente volvió sobre sus pasos y me golpeó la ventanilla. Tuve que estirar mi brazo para alcanzar la manija. Estaba pensando, dijo e hizo una pausa y lanzó un suspiro. Estaba pensando o más bien quería pedirle si no le molestaría preparar una nueva tanda de brownies. Sin compromiso, aclaró. El domingo siguiente tenía un festejo en el barrio: le parecía un buen detalle. Me explicó que no tendría problema en pagármelos. Le dije

que sí, que se los hacía, que se quedara tranquilo. Le pasé el número de mi celular.

Durante la semana me olvidé del asunto. Me estuve escribiendo con Agustina, un ida y vuelta en principio histérico, que por suerte terminó de encontrar un cauce con la promesa de vernos el domingo a la noche, siempre y cuando su madre accediera a cuidarle a su hijo. El miércoles me llegó un mensaje del Padre. Vi la notificación y recordé su pedido. Un baldazo de agua fría. Abrí el mensaje: me preguntaba si necesitaba algo. Le respondí que se quedara tranquilo, que estaba todo bien. Chateamos un rato, me dijo que con una docena alcanzaban, sobre todo si eran tan fuertes como los que había preparado en lo de Osvaldo. Quedamos en que tipo dos la tarde andaría por allá. Llegué más o menos a esa hora. La iglesia era una edificación modesta, con un campanario pequeño, pero me pareció que hacía poco le habían dado una mano de pintura. Al auto lo dejé al costado, sobre una superficie de piedras: lo estacioné junto a un *Peugeot 505* y una *Ecosport* negra. El sonido de la activación de la alarma de mi coche y la cercanía de la camioneta me tranquilizaron. A pocos metros había un chulengo, aún quedaba un pedazo de carne y algunos chorizos.. En la puerta de la iglesia, sentado sobre los escalones, me encontré con un marciano. Tendría seis años en parámetros humanos y sostenía con su mano derecha una especie de estrella de plástico, con tres hélices, a las cuales hacía girar. Le pregunté por el Padre Héctor. El pequeño quiso saber si yo era el de los brownies. Le respondí que sí y me informó que tomara el caminito que había detrás

de la iglesia. Lo lleva solo, agregó. Así encaré por un sendero de tierra, secundado de pastizales. A medida que avanzaba la música ganaba en nitidez y al desembocar en un claro me encontré con un par de tablones con caballetes donde unas quince o veinte marcianos conversaban animadamente. Fue el Padre quien vino a mi encuentro. Tenía puesta una camisa de mangas cortas, bermudas y sandalias. Noté que no se había afeitado: la incipiente barba parecía remarcar aún más su cabello canoso. ¡Qué bueno verlo!, dijo; le di un beso en la mejilla. Creo que no esperaba ese gesto porque retrajo un poco el rostro; pero no se quejó. Venga, venga que le presentó a la gente. Ya en la mesa hizo los anuncios del caso mostrando una excesiva familiaridad, sobre todo porque tuve que repetirle mi nombre. La cosa fue cordial, recibí un saludo general y me senté en la silla que me acercó el Padre. ¿Quiere tomar algo?, y sin que llegara a responder fue hasta un barril de plástico, sacó certuzka marciana, la apoyó en la mesa, preguntó si alguien había visto el destapador y como nadie respondió, la abrió con el borde del tablón. No había ningún vaso vacío, así que tuvo que tirar el culito de un líquido azul espeso que quedaba en uno: ahí me sirvió. Yo todavía tenía la bandeja de brownies en las manos. Deme, deme, dijo, se lo voy a llevar a Alike, me explicó y salió disparado rumbo a un rancho de material. Su figura se perdió entre unos cortinados de colores. Se me dio por mirar un poco el panorama. Frente mío había una marciana jovencísima, que sin embargo tenía el aplomo que le daba una belleza natural; sostenía sus antenas con una vincha amarilla que combinaba su shortcito. A upa suyo estaba un marciano bebé. Le pregunté si

era su hijo. Ella se rio: no, no... es de mi hermana. Claro, dije. Más allá cuatro marcianos jugaban al ganid: había cierto automatismo en sus movimientos, como si el sopor de la siesta les hiciera perder intensidad. Todos estaban con el torso desnudo, salvo uno de ellos, el que parecía más joven, que tenía puesto una musculosa con la cara de Cristo. Era pillo: lo vi cartearse más de una vez. Estuve a punto de decir algo pero rápidamente me arrepentí: ¿qué sentido tenía meterse? De todos modos la cosa saltó solita, en una de las manos, lo descubrieron: uno de los contrincantes se le fue al humo y llegó a meterle un mamporro. Se ve que no quería lastimarlo o no del todo, porque le pegó con la palma abierta. Al joven marciano las antenas le temblaron, pero lejos de victimizarse, se rió, una sonrisa socarrona y ahí sí el tipo se le tiró encima. La cuestión se desmadró un poco, pero no mucho e incluso cuando el Padre regresó, con retórica pacifista, ya los ánimos se habían calmado. Después el cura me invitó a que me sentara y volvió a servirme un poco de certuzka. Afirmó algo sobre el pendejo: futuro poco venturoso lo espera si sigue así. Lo típico, comenté yo a lo que el cura dijo, como si fuera una consecuencia lógica de lo que veníamos hablando que recién había conversado por teléfono con Osvaldo y con Carmen: le mandan saludos. Sonreí. Después me preguntó si había almorzado. Sí sí. Menos mal porque no queda mucho, anunció señalando con el mentón una parrilla sostenida con ladrillos y en la cual había un par de morcillas, córneas de zimptonaido y unas flautitas carbonizadas. Qué lindo que está acá se me dio por decir y cuando terminé mi frase me di cuenta de que estaba mirando a la marciana, o más bien

su andar, ese culo que se alejaba rumbo al rancho y al cual el short hacía lucir aún más. El Padre algo debe haber advertido porque me aclaró que era la novia de Drukov. No hacía falta saber quién era Drukov para tener la certeza de que la muchacha estaba vedada. Si no se puede cambiar la realidad hay que cambiar de conversación, así que le pregunté al cura que lazo los unía a la comunidad marciana. Algunos son amigos, que se yo, hay de todo dijo y cuando estaba por explicarme algo más se escuchó una voz femenina que comenzaba a cantar el feliz cumpleaños. Era la marciana de la vincha, que traía en sus manos, una torta Rogel, con una vela azul. A su lado la acompañaba un marciano al menos diez años mayor que ella; era grandote, macizo, con un mentón demasiado ancho para su especie. Tenía cinco antenas, tres de ellas, las del medio, estaban dobladas hacia atrás, como si fueran un cabello. Al dúo se le sumaron otras voces, y yo también, salvo el Padre que se limitó a ponerse de pie y bajar un poco la cabeza, más por timidez que por incomodidad. La marciana colocó la torta delante del cura, quien, una vez concluida la canción, y después de un infaltable grito de que pidiera tres deseos, lanzó un soplido que apagó la vela. Se le acercaron a saludar. El marciano le dio un abrazo. Lo mío fue, esta vez, más protocolar, un correcto apretón de manos: evidentemente estábamos fuera de sintonía porque él tuvo una primera intención de poner su mejilla. Le dije, haciéndome el ofendido, qué, de haber sabido que era su cumpleaños, le hubiese traído un regalo. Me respondió que con los brownies alcanzaba y sobraba. Fue la marciana la encargada de cortar la torta y repartir las porciones. El marciano,

que después supe que era Drukov, dejó en la mesa un termo con un maketino, le susurró algo al oído a su novia y volvió para el rancho. En eso alguien trajo una guitarra. La tomó el marciano que llevaba una musculosa con la cara de Cristo y se puso a simular que tocaba. El Padre Héctor lo cagó a pedos, se la sacó de las manos y le explicó que la había desafinado toda. Después se encargó de volverla a su punto o eso me pareció. La marciana le pidió que se cantara algo. No hubo que insistirle demasiado para que arrancar un repertorio de rock nacional que no tenía nada de improvisado. Me sumé, al principio sólo en los estribillos y ya después a viva voz, chamuyando las letras que no recordaba. Entre tanto le seguía dando a la certuzka. Un poco copete, se me dio por mirar a la marciana un par de veces: ella se dio cuenta y yo mantuve mi intención en el aire. Creo que, incluso, hasta llegué a sonreírle, pero no recuerdo cual fue su reacción. Al rato se levantó de la silla y entró al rancho.

Entonces sentí que mi celular vibraba. Lo saqué del bolsillo: en la pantalla apareció el nombre de Osvaldo. Me separé del grupo y atendí. Tuve que alejarme un poco más, porque no llegaba a escucharlo. Parece que están en pleno festejo, lo oí por fin decir. Conversamos un rato, me explicó que después de haber cortado con el Padre con Carmen se dieron cuenta de que no me habían invitado al casamiento; me llamaba para eso. En la semana le alcanzo la tarjeta, dijo. Al agradecerle hice una mueca de aprobación, como si lo tuviera delante de mí. Después agregó, sin que yo le preguntara, que no habían podido ir al cumpleaños porque ya tenían “otro compromiso”. Se mostró un poco sorprendido por mi presencia y le

expliqué, tuve que explicarle que no sabía lo del festejo, que simplemente había llevado los brownies. Para esa altura ya no quedaban dudas de que Osvaldo estaba un poco celoso o algo así. Quizás era culpa de Carmen, de la cual escuché su voz, o más bien un pedido susurrado: preguntale que hace ahí. Por alguna razón me sentí obligado a volver a responder que sólo había ido a llevar los brownies y que en un rato me iba. Haga tranquilo, dijo Osvaldo, que, seguro ya era un poco consciente de que su malestar resultaba francamente injustificado. Apresuramos el saludo: creo que terminar la conversación era un alivio para ambos. Después de cortar, apagué el celular, me senté en una silla plegable que encontré tirada y me encendí un faso, del cual solo llegué a fumar menos de la mitad porque al toque comencé a creer que iba aparecer el Padre Héctor o peor, Drukov para cagarme a palos. Finalmente me quedé dormido, pero diez minutos nada más y cuando me desperté ya estaba fresquito como una lechuga. Volví hasta a la mesa y el marciano de la musculosa de Cristo me preguntó si me prendía en un ganid. Es el mejor ofrecimiento que me hicieron en años, dije. Perdimos, y aunque no me acuerdo mucho, sé que me mandé varias cagadas. Creo que me perjudicó estar demasiado atento a que mi contrincante no hiciera trampa o quizás simplemente estaba un poco abombado. Tengo idea de, en el momento, haberme puesto a pensar cómo podía ser tan perro. El Padre vino a mi rescate o algo así; se lo notaba un poco más alegre, entonado. Había un brillo acuoso en sus ojos y no dejaba de mostrar una sonrisa plena e injustificada. Me comentó que Alike me quería conocer. Como si me preparara para un evento

importante fui a la pileta de un lavadero y me mojé la cara con agua fría y me acomodé el pelo. Antes de que ingresar al rancho, pasó su brazo por encima de mi hombro y creo, si no entendí mal, que me dijo que yo era “un amigo” o “un buen amigo”, no sé. Lo primero que vi fue a Alika. Era una marciana gorda, seguro pesaba más de cien, ciento veinte kilos, pero parecía que las capas de grasa que colgaban de sus brazos, su papada, esas piernas cilíndricas se las hubiesen adosado, como si tuviera puesto un disfraz de goma espuma verde. Su cuerpo estaba desparramado en un sillón y delante de ella tenía una mesita, que no debía ser tan chica. A un costado, había una tele grande de LED, que también se perdía ante la omnipresencia de la marciana. Desde el cuarto contiguo llegaba el sonido de una cumbia y cada tanto se escuchaban algunas risas. Muy bueno los cositos esos, dijo ella. Su voz era grave, carrasposa y su castellano impecable. Gracias, respondí. Quiso saber cómo lo había preparado o más bien si la receta tenía algún secreto. Estaba comenzando a responderle cuando el Padre me interrumpió; en realidad le pidió a Alika que no me molestara, que yo era un invitado. Ella lo miró, es decir, fijó la vista en él y después le pidió que no se metiera, que sabía cómo tratarme. Remató con un “estamos, Hectitor”. El cura hizo un amago de reacción, pero se contuvo. Alika le regaló una sonrisa y después volvió su rostro hacia mí, me bajó una de sus antenas y me advirtió que viniera un día que no estuviera el Padre. Antes de irme, agregó que me había preparado una viandita, unos rellenos marcianos que hacía ella. Están limpios aclaró y supuse que era su manera de puntualizar que no tenían marihuana. Ya afuera el cura

me dijo que no estaba obligado a volver. La gorda es brava, sobre todo cuando se encapricha con algo o con alguien. Me contó, en un tono que percibí confesional, que ella siempre había sido igual, que él la conocía desde que era joven. Así como la ve, en su época fue una marciana esbelta, una potranca, en todo el sentido de la palabra. Iba a indagar un poco más, pero al Padre lo vino a buscar el marcianito que yo me había cruzado en la puerta de la iglesia. Ahora vuelvo, se disculpó. Era un buen momento para irme a casa, pero no tenía ganas, me sentía con el beneficio de estar en terruño ajeno, con la libertad de no tener que responder a nadie. Me alejé unos pasos prendí lo que quedaba del porro y le di un par de pitadas. Anduve bollando un rato más sin saber muy bien que hacer. Me senté y nuevamente creo que volví a quedarme dormido. Al despertar tenía un vaso de certuzka en la mano. Era como si alguien lo hubiese llenado a la espera de que yo lo bebiera. Lo hice, pero sin convicción ni ganas. Finalmente fui a buscar al Padre Héctor. Lo encontré lavando unas hojas de rúcula en un balde chato. ¿Cómo que ya se va?, me preguntó. Le recordé que al otro día era lunes. Es verdad, reconoció. Me fui sin saludar a nadie, pronuncié un chau general, que, para mi sorpresa, fue respondido con un coro uniforme y, hasta me atrevería a decir, entusiasta. Al llegar al auto miré el celular. Tenía la pantalla negra. Recordé que lo había apagado después de la conversación con Osvaldo. Lo encendí: cinco llamadas perdidas de Agustina. Y un mensaje: ¿nos vemos hoy si o no?. Estaba escrito con mayúsculas. Por suerte era de hacía dos minutos. Le dije que sí, que en media hora estaba en casa. Menos mal, me respondió al toque.

Hice una movida impresionante para verte, agregó. Mientras encendía el auto me quedé pensando en esa palabra, impresionante. Al llegar a casa Agustina estaba en la puerta. Ni bien me vio llegar tuvo una primera reacción de alegría, puro tintineo de antenas, pero cuando bajé, me saludó fría y así estuvo un buen rato. Casi te mato dijo, después de que lo hicimos en modo humano. Ni sueñes que lo vamos a hacer en modo marciano, me advirtió. Promesa que finalmente no cumplió. Sus pensamientos, si bien mantenían su habitual zigzagueo parecía estar marcados con una fibra indeleble. Hasta incluso en algún momento sentí una especie de olor alcohol, lo cual hablaba de su habilidad pregnante. En algún momento le dije si quería casarse conmigo, que yo conocía un Padre y también una iglesia. ¿Vos estás loco?, creo que me respondió. O quizás me dijo, sos un loco, vos. No sé. Por la mañana me despertó una de sus antenas. Se había metido en mi oído. Un gesto involuntario, ella dormía. Me sorprendió que todavía estuviera en casa. Me levanté de la cama y mientras preparaba café, batí un huevo de zimptonaido. Ella apareció al rato y se lo tomó de un trago. Tengo que irme, me dijo. Sí, suponía. ¿Querés que te lleve? No, no, ya me pedí un Uber. Cuando llegó el auto la acompañé afuera. Ella se subió y pensé que iba a despedirse con un gestó, pero le dijo algo al chofer y bajó la ventanilla. Me acerqué. Lo que yo te doy no es mucho. Parece mucho, pero es poco. ¿Sí? Sí, te parece mucho porque es diferente... ni bien te acostumbres me vas a dar la razón. Después colocó sus antenas a la altura de mis sienes y me regaló un último chupón.



EL RELICARIO
MARCIANO

EL RELICARIO MARCIANO

Una anciana muy pobre vivía con su hijo. Eran tan pobres que ni para comprar lagartijas tenían. Hasta que, un día, el hijo se hizo mayor y le propuso a su madre trabajar. Está bien, voy a conseguirte una alforja de silicona. Usaremos nuestros pocos kritters para que compres vigiturias luminosas en Uruguayana para que, luego, las vendas, puerta a puerta. La anciana fue hasta el puesto de Don Atilio y le propuso un trato, llevarse una alforja y pagarla ni bien su hijo comenzará a ganar dinero. ¿Es marciano?, quiso saber Atilio. Mitad y mitad, su padre es oriundo del planeta rojo. Entonces, sí, dijo y le entregó la alforja.

A la mañana siguiente su hijo salió de la casa y comenzó a recorrer los kilómetros que lo separaban de Uruguayana. Llegando a Paso de los libres se cruzó con un hombre que perseguía un cachorro. Llevaba un palo y le dedicaba una serie interminable de insultos. Entonces el muchacho le dijo: no lo mates, dámelo a mí. ¿Y vos que me ofrecerías a cambio?, respondió el hombre. Te doy esta alforja. Es nueva, no tiene uso. El hombre tomó la pieza. Ahora el perro es tu problema. El animal al ver que el hombre se alejaba, se acercó al muchacho, que, ya sin alforja decidió volver a su casa. ¿Por qué regresaste tan pronto?, lo recibió su madre. El muchacho le contó sobre su trueque. Me dio pena el pobre, se excusó. La madre indignada le preguntó qué harían ahora. ¿Cómo le pago a Don Atilio?, se quejó. Su hijo se encogió de hombros. Pero una madre perdona o más bien se resigna. Volvió al puesto del anciano

quien la recibió de buen ánimo: que pronto ha logrado hacerse de una ganancia. Nada de eso, dijo la anciana y se largó a llorar. Entre sollozos le confesó lo ocurrido. El llanto de la mujer, conmovió al comerciante. Usted es una buena madre, merece tener otra oportunidad, dijo Don Atilio y le entregó una nueva alforja, aunque no de silicona. El hijo contaría con el beneficio de una segunda oportunidad. Esta vez no dilapides lo que la diosa fortuna nos ha obsequiado, le advirtió su madre. Y así salió nuevamente rumbo a Brasil, aunque esta vez para no tentar a la desgracia, eligió el camino que bordea al río Uruguay. Anduvo sin detenerse, empeñado en honrar a su madre, hasta que se cruzó con una mujer, quien en un meandro intentaba ahogar a un gato. El animal maullaba en un lamento agudo, sus patas diminutas se agitaban vanamente. El muchacho ciego de dolor le ordenó a la mujer que detuviera su accionar. Vos no entendés nada, este gato inútil ha perdido el olfato y ya no me sirve para matar los ratones que se han adueñado del sótano de mi casa. Te ofrezco mi alforja. ¿Es de arpillera? Si. ¿Y para qué quiero una alforja así? Si al menos fuera de silicona. Tomá el gato, muerto o regalado, es lo mismo. El muchacho guardó el gato en su alforja y decidió que lo mejor era volver a su casa. Pero en el camino y, debido al calor del mediodía, el gato comenzó a arañar la alforja hasta romperla. El bicho, escurridizo, se perdió entre unos matorrales. Que mal agradecido, pensó el muchacho, que nuevamente ya de regreso en su casa debió enfrentar un nuevo enojo: se habían quedado sin alforja, ni ganancia. La anciana debió usar los kitters que pensaban destinar en vigiturias luminosas para saldar su deuda. Esta vez ni fuerza

tuvo para llorar. Entregó sus pocos billetes, a sabiendas que su saldo todavía estaba en rojo. Al volver se encontró con una nota de su hijo. Le anunciaba que emprendería una larga marcha hasta recuperar todo lo que había dilapidado. El muchacho tomó nuevamente el primer camino, y llegó en dos horas a Paso de los libres. Se ofreció, sin éxito, en cada uno de los puestos de la feria. Concluyó su derrotero en la bajante, cerca del muelle. Allí una mujer amenazaba con un cuchillo a un pequeño zimptonaido. Al principio pensó que la mujer se defendía de una posible amenaza, pero la postura del animal le confirmó que éste era la víctima y no el victimario. A falta de una mejor idea y aprovechando que la mujer estaba de espaldas, dio un fuerte aplauso entre las dos antenas. Ésta, aturdida, perdió estabilidad y soltó el cuchillo. Rápido de reflejos el muchacho empuñó el arma. La mujer recuperó el eje, pero supo que estaba en desventaja. Huyó, en un acto más racional que cobarde. Me has salvado la vida, escuchó el muchacho. Las palabras no habían circulado por el aire, sino que florecieron dentro de su mente. Había oído hablar de las propiedades telepáticas de algunos zimptonaidos, pero nunca había tenido la suerte de cruzarse con uno de ellos. No fue nada, respondió el muchacho en voz alta. El zimptonaido continuó con su fluidez intangible: Dejame recompensarte, en nuestra guarida mi madre se encargará de darte un obsequio que honre, mínimamente, tu altruismo. Anduvieron juntos un buen trecho. Hasta que el bicho se perdió entre unos matorrales. Nuevamente me estafaron, pensó el muchacho. Pero, después de un largo minuto el animal regresó con un relicario marciano. Esta alhaja es

única. Tiene el poder de cumplir deseos. Alcanza con pedir lo que uno quiere y el relicario te lo dará. El muchacho, incrédulo, tomó la joya con su mano y se apresuró a decir: quiero una alforja de silicona. En menos de lo que demora un chasquido, sobre sus hombros apareció la pieza pedida. El muchacho le agradeció al zimptonaido, quien antes de irse le dio un último consejo: no ahorres en tu demanda. El relicario es generoso, y, por lo tanto, adora la abundancia. Al muchacho el consejo le entró por un oído y le salió por el otro, estaba ansioso por contarle a su madre la novedad. Debo llegar cuanto antes, se dijo y le pidió al relicario que sus pies se volvieran cohetes. De manera automática su deseo se hizo realidad. Aunque claro su torpeza en el manejo de los artefactos hizo que más de una vez terminara rodando en la tierra. Llegó a su casa lleno de polvo, transformado en un hombre con pies de cohetes, pero con una alforja nueva y un relicario milagroso. Estas cosas a la larga traen más desgracias que virtudes se quejó la madre al conocer la noticia. Sin embargo, fue práctica: llevó la alforja de silicona a Don Atilio y con eso saldó su deuda. De regreso notó que uno de sus zapatos, el izquierdo tenía un agujero indisimulable. Al llegar a su casa buscó a su hijo y le pidió, vía la alquimia del relicario, tener unos zapatos nuevos que ante la sola pronunciación del deseo se materializaron en sus pies. Esta magia es ideal para perezosos reflexionó la mujer. Así y todo, no confiaba en los atajos. Nada es gratis en esta vida, debemos dosificar los deseos, no ser avarientos. Es más bien todo lo contrario, aclaró el hijo, el zimptonaido alentó su uso y desaconsejó la cautela. Esos bichos son traicioneros, enviados del diablo,

buscan confundir, tentarnos con la codicia, siguió la madre. Le pediremos lo justo y necesario.

Por la noche, su hijo, desoyendo a su madre, se entrega, compulsivamente, a solicitudes urgentes: agrandar la casa, amueblarla, llenar las alacenas y el freezer con comida, equipar los roperos con vestimentas, cubrir las ventanas con cortinados. Por la mañana la madre tardó en despertarse, no estaba acostumbrada al confort y la cama mullida y el acolchado, la dejaron en un estado de sedación. Ni bien abrió los ojos el lujo reinante la encandiló. Pensó en insultar a su hijo, pero ya lo dijimos, estaba encandilada. Así anduvo todo ese día, cegada por las mercancías, entregada al placer de las cosas. Se sentía parte de una opulencia gitana, linaje al que pertenecía. La persistencia en la pobreza había borrado de su mente esa marca de origen. La noche la encuentra pipona y radiante. Pidamos más dice, sentada a una enorme mesa, donde sobaban los platos, pollos asados, carnes rojas, pescados, patas de ciervo, una fertilidad que operaba a un nivel más visual que alimenticio, porque sus estómagos, habituados a la escasez soportaban solo porciones pequeñas. ¿Más?, reaccionó su hijo un poco mareado por la exuberancia. Tenían tantas cosas que hasta se habían quedado sin sinónimos. A cada nuevo pedido el relicario parecía aumentar su brillo. Pasó una semana, un mes, un año y el relicario adquirió el vigor lumínico de un pequeño sol. Su presencia encandilaba, incluso durante el largo período diurno, era como tener una potencia resplandeciente propia, como un día dentro del día. Su fuerza lo eclipsaba todo, porque incluso llegaba a brillar más que cualquier metal precioso. Eso era un problema, sobre todo

de noche. Acá está su maldición, dijo la madre. Pero su hijo lo envolvió en un pañuelo y luego lo guardó dentro de un cofre de marfil y solo se percibía, en las rendijas de la tapa, un latido amarillo. La mujer pareció decepcionada, anidaba en ella la amenaza de un castigo. O más bien lo deseaba. Y tal como ocurría con cada uno de los deseos, el relicario hizo su parte: una viga de oro cedió ante el peso de una nueva habitación y le partió la cabeza a su hijo. Murió al instante. Ella pasó toda la noche junto al cadáver y, al amanecer, hace un último pedido, el obvio, que su hijo vuelva a la vida. El relicario, infalible, concede el deseo sin dobleces, ni efectos extraños. Su hijo es el que era siempre, no hay marcas de la herida que partió su cabeza, ni secuelas. La madre le explica lo ocurrido. El hijo insiste: es hora de que lo entiendas: el relicario no tiene malas intenciones, se alimenta de deseos. Simple. Efectivo. Útil. Y así siguen. Se manejan a su árbitro, caen en extravagancias, vacían el mundo, lo vuelven a poblar, detienen el tiempo, viajan a Marte, cambian el color del planeta, lo vuelven azul en vez de rojo, juegan a ser pobre nuevamente, se vuelven inmortales para, de un día para el otro comprender que no hay nada peor que el aburrimiento. Debemos detener esta locura dice la madre. O puede que haya sido el hijo. Toman la alhaja y al unísono recitan: deseamos que el relicario desaparezca. Lo dicen una vez. El relicario continúa allí, en sus manos, con un brillo que parece latir. Dejame a mí, dice la mujer y después agrega: deseo que el relicario no cumpla más deseos. La joya parece temblar. Pedí algo, le ordena la mujer. El muchacho dice: deseo una papa. Sobre la mesa se materializa una papa. Ya comprendo la trampa, dice la mujer. Estamos

atados de por vida a sus antojos, reflexiona. Esa parece ser la verdadera maldición. Quizás, si me volviera el hombre más inteligente del mundo podría encontrar la salida, agrega él. Pide entonces ser el hombre más inteligente del mundo y un instante después anuncia tener la solución. Mira al relicario y dice: quiero depender de vos, estar a tu antojo y por lo bajo, después de guiñar un ojo, le comenta a su madre que eso se llama psicología inversa. Entonces, por fin el relicario desaparece.



LA AGUJA
DE ACERO

LA AGUJA DE ACERO

Cinco marcianos caminan por el camino que bordea la ruta 117. Vienen de Uruguayana. Cargan las mercancías en alforjas de silicona. Sus hombros, fatigados, las miradas clavadas en el suelo rocoso. Saben que les espera un largo peregrinaje y les pesa hasta la sombra. La noche los encuentra en el valle del toro. Deciden descansar y se amuchan debajo del inmenso monumento. La sombra proyectada del cuerno les alcanza para protegerse de las ondas ultravioleta de la luna. Así quedan acostados unos sobre otros, en un menjunje verdoso. Al rato uno de ellos dice: No vamos a poder levantarnos, nuestras antenas se entrelazaron. No sabemos cuál es de cada quien. Es verdad, reconoce otro. Lo mejor será no movernos. Se entregan al destino de permanecer quietos. Él hambre y la sed los invaden y pese a eso no abandonan su figura pétrea.

Por la mañana el sol los encandila. Su piel escamosa comienza a crujir. Pero entonces aparece una muchacha. Es delgada, le falta un ojo que cubre con un parche de color violeta. Su cabello es lacio como llovizna. Tiene una belleza natural o más bien espontánea. Lleva puesto un conjunto de neoprene de mangas cortas y carga un morral de goma amarillo. Detiene su marcha para preguntarle a los marcianos qué hacen ahí. Aquí estamos, sin poder levantarnos, dice uno. ¿Por qué? Porque no sabemos cuáles de las antenas nos pertenece. La marciana observa esa composición superpuesta de brazos, piernas, cabezas y se apura a decir: ¿Cuánto me dan

para que yo les diga? Te pagamos lo que nos pidas. La muchacha saca del morral una fina y larguísima aguja de acero y con la destreza de una esgrimista pincha la antena a uno de ellos, a quién el dolor hace que emita un grito agudo. Esa es tuya, se apura a decir ella, mientras sigue entregada a la tarea de picar antena por antena. A cada picadura, una reacción, a cada reacción una propiedad recuperada. Uno a uno los marcianos se ponen de pie. Cincuenta kriters, dice ella. Le alcanzan un billete. Por antena, aclara. Los marcianos se miran. Su ánimo navega entre el arrepentimiento y la vergüenza. Ella se ve obligada a apuntarle con la aguja y finalmente, además de su paga, les arrebató una pistola de moléculas. Para mi sobrina, dice, como si se excusara. Después sigue su camino. Los marcianos la ven alejarse, pronto se vuelve un punto negro disuelto sobre la piedra caliza.

PAJA

SECRETARÍA DE
ARTE Y CULTURA



UNIVERSIDA
NACIONAL
DE LA PLATA